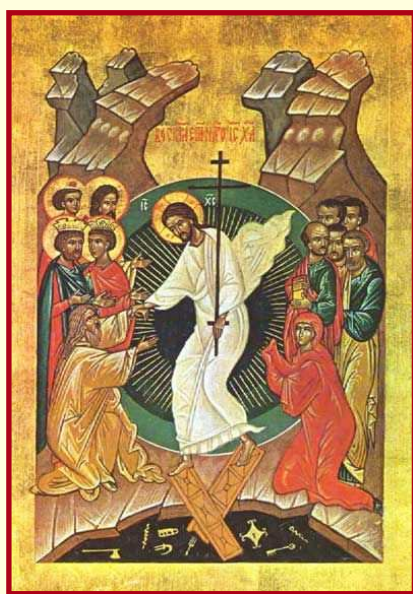


Reflexión del Superior General

Para muchas personas, el fin de semana de Pascua se celebra con amigos y familiares, con eventos deportivos, tomando "un pequeño descanso". Este año, el virus Covid nubla un poco algunas de estas celebraciones, pero la gente hace lo mejor que puede. Puede existir la esperanza de que en medio de todas estas celebraciones la gente recuerde la alegría de la Resurrección. ¡Bueno, quizás!

Para los cristianos, esta semana es la época más importante y hermosa de nuestro año. La Buena Noticia es que somos liberados del miedo, la oscuridad y el pecado, por el evento salvador de la vida, muerte y resurrección de Cristo. Este es el corazón de nuestra fe. "Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él". (Rom 6: 8)



Los misterios salvíficos de la Semana Santa están absolutamente en el corazón de nuestra Vida Religiosa. El desafío central de la Vida Religiosa, como vocación particular dentro de la Iglesia, es abrazar nuestra llamada bautismal, muriendo y resucitando con Cristo, a la manera de los mártires cristianos, pasados y presentes. Es fácil para nosotros como Religiosos dejarnos "distraer por muchas cosas" y entonces la Vida Religiosa pierde su autenticidad y se vuelve anémica. Los escritores espirituales llaman a esto "acedia".

Estos días santos nos invitan a renovar nuestra Vida Religiosa y cristiana en toda su profunda vitalidad y alegría volviendo a comprometernos en el seguimiento de Jesucristo, la Revelación del Padre, por el poder del Espíritu Santo, lo que tiene consecuencias prácticas en nuestros ministerios - de amor en acción. Nada menos servirá. Es cierto que estamos llamados a vivir "con sencillez y modestia, cerca de la vida de personas ordinarias" (Constit.117), y los maristas no lo queríamos de otra manera, sino sólo como nuestra particularidad modo, constantemente renovada, de expresar nuestro explícito y fiel seguimiento a Jesucristo.

Una consecuencia de entrar en el misterio central de la Semana Santa es nuestra terrible y creciente comprensión de que el cuerpo maltratado y torturado de Cristo, a quien recordamos en nuestra Liturgia, está encarnado todavía en los sufrimientos y abusos de nuestros hermanos y hermanas de hoy.

Durante la Liturgia del Jueves Santo, las palabras y acciones de Jesús nos desafían a convertirnos en un pueblo sacerdotal que se arrodilla al servicio de nuestras hermanas y hermanos, alimentándolos bien con la Palabra y la Eucaristía, y alimentando a los hambrientos de nuestro mundo de tantas formas diferentes.

Como María y los otros discípulos al pie de la cruz en el Gólgota, elegimos quedarnos con los que sufren. Lloramos, nos lamentamos y clamamos por justicia. Como el primer Viernes Santo, es posible que deseemos huir con aquellos que huyen temerosos del sufrimiento y la muerte. La Liturgia del Viernes Santo nos desafía a permanecer fieles, como María, a los rechazados. Respondemos con amor compasivo y voz profética en el Gólgota donde nos encontramos hoy, si seguimos nuestro particular camino de la cruz.

Podemos sentirnos abrumados por el silencio de nuestras dudas, inseguridades y fracasos el Sábado Santo. Cuestionamos nuestra propia fe. Esto puede suceder cada vez más a medida que envejecemos. El Sábado Santo es el momento de ser pacientes y callados con nosotros mismos y con los demás en nuestras dudas, creyendo humildemente en la gracia salvadora de Dios.

El radiante gozo de la mañana del Domingo de Resurrección no es una gracia barata. Después del invierno de los días anteriores, oscuro y frío, hay esperanza de una nueva vida, una nueva primavera, la vida de Jesús Resucitado, si tan solo tenemos los ojos de la fe para ver y creer, y la voz para anunciar la Buena Nueva.

¡Semana Santa y Pascua benditas!

John Larsen s.m.